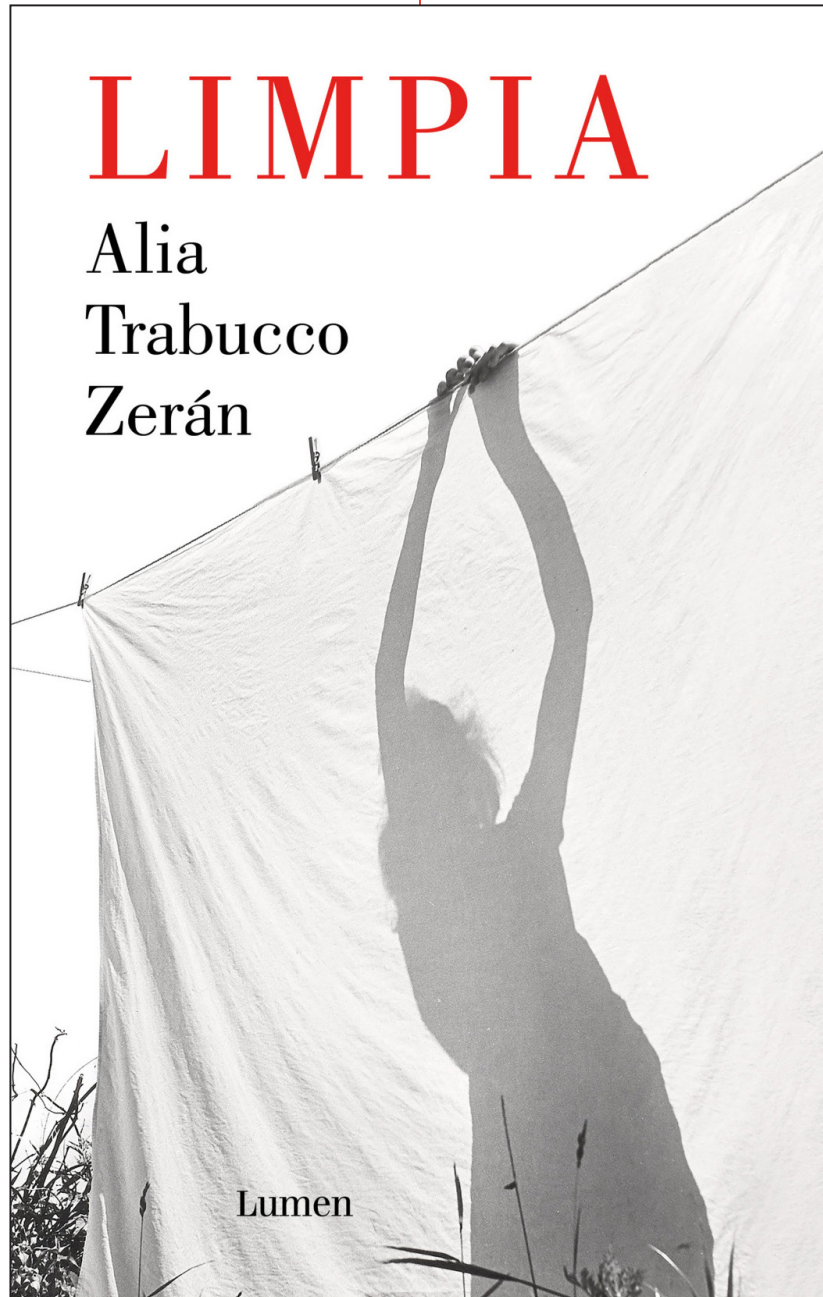




Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

*La vida tiende a ser así: una gota, una gota, una gota, una gota,
y luego nos preguntamos, perplejos, cómo es que estamos empapados.*

Estela deja a su madre en el sur para trabajar en la casa de una familia en Santiago de Chile y allí se queda los siguientes siete años, limpiando y criando a una niña acosada por la ansiedad, cuya muerte conocemos al comienzo de la novela.

Como en una tragedia griega, la tensión crece con cada página, con cada personaje o elemento: la perra callejera, el veneno, la pistola, la confesión inconfesable del «señor», la aparición de Carlos, hasta un desenlace tan poderoso como inevitable.

Una novela excepcional donde todo el espesor reflexivo es contrapesado por una trama vertiginosa y una concatenación de hechos que refrenda lo que la propia Estela sabe advertir: que «hay muchas maneras de hablar. La voz es sólo la más sencilla».

SINOPSIS

Una gota, una gota, una gota más que cae en el desagüe de la vida como si los días, las horas, los minutos de Estela, la protagonista de esta historia, fueran menos valiosos que los de sus señores. *Limpia*, la última novela de Alia Trabucco Zerán, es una novela poética y política sobre una mujer que renuncia a todo, que sacrifica su propia vida y se pone al servicio de los otros albergando la esperanza de otra vida, una vida mejor, más próspera, al sur, al lado de su madre, en el campo con un inmenso cielo raso sobre sus cuerpos.

Estela llega a Santiago de Chile desde el sur con la voluntad de reunir algo de dinero para arreglar la casa de su madre y volverse con ella. Lo que iban a ser unos meses se convierte en siete años en los que vive doblemente atrapada: en una casa que no es la suya y en un pequeño zulo pegado a la cocina que ni siquiera puede considerar propio. La voz de Estela es potente, tan potente que deja al lector sin aliento y perplejo asiste a la historia que ella narra: su vida en Santiago es un pequeño carrusel que da vueltas y más vueltas sin final ni principio. Hay una señora que le exige que cuide de su

casa, de su jardín, de su familia y hasta de su propia hija. Hay un señor que vive ajeno a todo lo que no sea el éxito y hay una niña infeliz y ansiosa que es víctima y verdugo de esta historia.

En una entrevista publicada en *La Tercera*, la autora declaró que la novela aborda una pregunta que la filósofa Judith Butler se ha hecho en los últimos años: ¿quién tiene derecho a vivir una vida vivible? «Esa pregunta —reflexiona Alia Trabucco— va incluso más allá de la cuestión de la falta de oportunidades. En países como Chile, quién tiene una vida vivible y quién no, es algo que parece respondido desde incluso antes de nacer».

Esta es la historia de Estela y de cómo el agujero en el que vive se va haciendo más y más profundo, y las gotas de agua terminan por sumirla en las profundidades. «Cada inicio, inevitablemente, conduce al mismo final. Como los hilos de las telarañas, todos se conectan en el centro» (p. 73). Desde una habitación sin ventanas, en la cocina, en el cuarto de baño, una mujer mira, observa y registra todo lo que ocurre y decide contarlo para romper los silencios de las que cuidan. ¿Quién escuchará a Estela?

TEMAS Y EXTRACTOS

LA HIJIDAD

«Me devolví a la pieza, cerré la puerta y recordé el sobre de papel. Me senté a la orilla de la cama, despegué los bordes con cuidado y lo agité boca abajo sobre el colchón.

Del interior cayeron las dos manos de mi mamá.

Ella usaba esos guantes de cuero cada invierno. Podía llevar unos jeans agujereados, una casaca gastada y esos elegantes guantes negros. Se los había regalado mi abuela para que no pasara frío. Porque la lana se mojaba. Porque las manos se partían. Fue un regalo que le dio poco antes de morir. Apoyé los guantes sobre el cubrecama y los ordené, uno junto al otro. Sus diez dedos apuntaron hacia mí, como si ella estuviera sentada al frente y las puntas de mis dedos rozaran los suyos.

La primera parte del cuerpo que se hereda son las manos, ¿lo han notado? Miren las suyas si no me creen, examinen sus uñas, sus cutículas, la forma de sus nudillos. Al principio puede no ser evidente. Las manos jóvenes jamás se parecen a las manos de la madre vieja. Con los años, sin embargo, el parecido es innegable. Los dedos se ensanchan. Las puntas se tuercen. Aparecen idénticas manchas a las que algún día revistieron

las manos de la abuela, las adoradas manos de la madre. A mis quince años ya las teníamos del mismo tamaño. Yo ponía mi palma contra la suya y nuestras uñas alcanzaban el mismo filo». (p. 157)

LA MATERNIDAD OBLIGADA

«Cuando la tuve en brazos la señora dijo que necesitaba descansar, que me quedara yo con ella. No dijo su nombre, ¿saben? Dijo ella, nada más. Quédate con ella, Estela. Hazla dormir,

por favor. A lo mejor por eso para mí siempre fue la niña a secas, pero se llamaba Julia, aunque de seguro eso lo saben también.

Me la llevé a la pieza del fondo. La habían decorado con un empapelado de margaritas silvestres, una cuna de madera y un móvil de cebras y soles que giraba sin parar. La apoyé sobre el cambiador de mimbre y empecé a desvestirla. La frazada, una manta de algodón, un pilucho demasiado holgado. Se quedó en pañales y pude ver el resto de su cuerpo. Colorado, con manchas amarillas y el cordón negruzco colgando de su ombligo. Retorcí sus brazos al contacto con el frío, pero no lloró. Abrió esa boca desdentada y salió aire, nada más. Ya se llenaría de palabras esa boca: dame, quiero, ven, no.

Despegué los broches del pañal y un olor avinagrado inundó el dormitorio. Yo pensaba que las criaturas recién nacidas no tenían ningún olor, pero qué sabía yo. La mierda es mierda sin importar de dónde venga, decía mi mamá mientras limpiaba la bosta de los cerdos o el pozo ciego del campo, y supongo que en eso sí tenía razón». (p. 24)

LOS CUIDADOS

«Estela, anota, eso dijo la señora.

Instruida, trabajadora, una empleada discreta.

Debía descongelar las pechugas de pollo y rellenarlas con espinacas y almendras tostadas. También preparar unas papas al horno y un pisco sour bien seco.

Nada como un pisco sour hecho en casa, dijo, como si le hablara a otra persona.

La señora quiso saber si acaso yo conocía las medidas. Le dije que sí, pero ella las repitió de todos modos. Tres veces me advirtió que no se me pasara la mano con el azúcar.

Nada peor que un pisco sour dulzón, dijo.

Después me preguntó si acaso podía ir al supermercado.

Estelita, dijo, ¿puedes comprar amargo de angostura, limones y huevos orgánicos?

Me lo preguntó como si yo pudiera responderle no, señora, ¿sabe?, no voy, no tengo ganas, no dormí después de verla culiar con su marido en el comedor.

Sentí que algo se endurecía en mi cuello, como si una piedra brotara en el lugar más blando de mi cuerpo». (p. 53)

LA EMPLEADA DE HOGAR COMO ESCLAVA, LA VIDA INVIVIBLE DE LAS CUIDADORAS

«Entonces tuve una sensación..., cómo describirla. Sentí que todavía no entraba a esa habitación y que yo misma, desde fuera, miraba a la mujer que sería yo a partir de ese momento: los dedos entrelazados sobre la falda, los ojos secos, la boca seca, la respiración agitada. Noté que la puerta de la pieza estaba hecha de un vidrio opaco, acanalado. El señor ya debe haber pronunciado aquí mismo una de sus palabras preferidas: es-me-ri-la-do. Una puerta de vidrio esmerilado conectaba el dormitorio a la cocina. Y ahí viví yo durante siete años, aunque nunca, ni una vez, la llamé “mi pieza”. Escriban eso en sus actas, vamos, no sean tímidos: “categóricamente se niega a referirse a la habitación como su pieza”. Y agreguen, en el margen: “negación”, “resentimiento”, “posible móvil criminal”.

Al poco rato escuché a alguien entrar a la cocina y esperarme afuera... o adentro. No lo sé. A lo mejor esa pieza estaba afuera y la cocina adentro. Son confusas algunas cosas, al menos para mí: adentro, afuera; presente, pasado; antes, después.

La señora carraspeó, yo tragué saliva y dije:

Ya voy.

O tal vez nadie carraspeó y tampoco yo hablé y esa mujer, la que sería yo durante los siguientes siete años, se des-

vistió y pasó un delantal por arriba de su cabeza. Me pareció muy ajustado en el cuello, demasiado angosto para mí, pero cuando quise desabrochar el primer botón noté que no tenía un ojal. Un botón de adorno en la garganta de la empleada doméstica. Los otros cinco uniformes tenían el mismo falso botón». (p. 18)

«Con una frecuencia exasperante, como si dijera una palabra por vez, la señora aparecía en la cocina, asomaba su cabeza por la puerta y decía, con una voz cada vez más pastosa:

Sirvamos los canapés, Estela.

Refrigeremos la champaña.

Lavemos las copas de vino.

Retiremos los platos de la mesa.

Eso significaba que yo debía servir los canapés, lavar las copas de vino, hechar la champaña y levantar los platos sin arrimarlos, sin torpezas.

El tiempo pasó. Una hora, una semana, toda una vida. Debí preparar lentejas para que a ellos les abundara la plata y lavar racimos de uva para su buena suerte. En el sur el Año Nuevo era totalmente distinto. Íbamos con los Jaimes, con la Sonia, con mi mamá hasta la orilla de la playa y veíamos a la medianoche las bengalas despedidas desde los botes, los pescadores implorando con esa luz un año de cardúmenes de merluza, de erizos sin veda, de mar sin marea roja. Creo que en eso estaba, pensando en el sur, cuando me sorprendió el conteo. Me asomé al comedor. La niña corrió y se abrazó a las piernas de sus padres.» (p. 86)

«Mi mamá me había advertido que no me fuera de la isla, que me quedara en el campo, que era preferible la pobreza del sur, sería difícil, casi imposible, dejar de trabajar como empleada. Es una trampa, me dijo. Te quedas esperando un golpe de suerte, y te dices, en secreto: esta semana me voy, la próxima sin falta, el otro mes es el último. Y no se puede, Lita, eso me advirtió mi mamá. No se puede partir, no se puede decir basta, no se puede decir no, me cansé, señora, me duele la espalda, me voy. No es como trabajar en una tienda o cosechar las papas en el campo. Es un trabajo que no se nota, eso dijo mi mamá. Y encima te acusan de robar, de comer demasiado, de lavar tu ropa junto a la suya en la misma lavadora. Y pese a todo, Lita, ocurre lo inevitable. Te encariñas, ¿entiendes? Así somos, hija, así somos las personas. Así que no te vayas, hazme caso. Y si te vas, no te encariñes. No hay que querer a los que mandan. Ellos solo se quieren entre sí.

Le prometí que volvería en unos meses con mucha plata. Que le compraría una tele de pantalla plana, unas zapatillas relucientes, dos vacas, tres corderos. Que ampliaría la casa, haría otro baño, un invernadero. Ella negó con la cabeza mientras yo hablaba sin parar. Me dijo porfiada, chúcará, y se rehusó a despedirme en la terminal». (pp. 182-183)

LA DESIGUALDAD

El anuncio decía así:

Se busca empleada, buena presencia, tiempo completo.

No especificaba más que un teléfono que pronto se transformó en una dirección y hacia allá me encaminé vestida con una blusa blanca y esta misma falda negra.

Me recibieron en la puerta, ambos. Hablo del señor y la señora, del patrón y la patrona, de los jefes, de los deudos, ustedes verán cómo los llaman. Ella estaba embarazada y al abrir la puerta, justo antes de estrechar mi mano, me examinó de arriba abajo: mi pelo, mi ropa, mis zapatillas todavía blancas. Fue una mirada minuciosa, como si eso le permitiera averiguar algo importante sobre mí. Él, en cambio, ni siquiera me miró. Escribía un mensaje en su celular y sin alzar la vista apuntó hacia la puerta que conducía a la cocina». (p. 13)

«Levantemos el bracito, le dije.

Otra vez, nada.

Que levantís el brazo, repetí.

Ni un solo movimiento.

La agarré con fuerza por la muñeca y la forcé a que alzara el brazo.

Debo haber dicho: hay que limpiar esos sobacos mugrosos o tienes los sobacos cochinos o a ver esos sobacos hediondos. No tengo la menor idea. Solo sé que el señor me escuchó y que desde la puerta, dijo:

No se dice sobaco, Estela. Se dice axila. Cuidado con esos tropiezos.

Pues bien, la niña, sentada a la mesa, frente a su padre y su madre, había dicho “hubieron” y de inmediato el señor me llamó al comedor.

Estela, eso dijo.

Y después:

Se dice hubo, la palabra correcta es hubo.

Todo esto es importante: la inclinación de las comisuras, las bocas apenas o satisfechas, las letras que forman una palabra. La palabra rabia, por ejemplo, está compuesta de apenas cinco letras. Cinco letras, nada más. Sin embargo, mi pecho ardía». (p. 67)

EL SEÑOR DE LA CASA SE ENCUENTRA DE MADRUGADA CON SU SIRVIENTA

«El señor rellenó el vaso de whisky, se agarró el cráneo con una mano y con el dedo índice de la otra revolvió el líquido amarillento. Nunca lo había visto así. La piel lívida, las ojeras violetas, los ojos inyectados de sangre. Como si se hubiesen podrido, eso pensé. Como si la podredumbre se hubiese aposado en sus ojos.

Dijo que la mujer se había recostado de espaldas sobre la cama, fingiendo una experticia que no tenía. Yo me senté a su lado, dijo después, y deslicé una mano por su pierna hasta llegar debajo de su falda.

Me pregunté por qué ese hombre me contaba esa historia a mí, a la empleada doméstica con la que rara vez hablaba y consideré interrumpirlo, decirle: basta ya. Pero mi silencio se había endurecido y él siguió como si ya no pudiera parar.

No tenía calzones, esas fueron las palabras del buen doctor. Y ella se dejó tocar, incómoda, aunque solo por un instante. Después cerró las piernas y le ordenó que primero le pagara.

Me di cuenta de que no podría detenerlo. Hablo del señor, del relato del señor. Ya no podría desoír lo que ese

hombre estaba a punto de contar. Era yo, o más bien mi silencio, el que lo apuntalaba. Como si cada palabra no dicha les abriera camino a las suyas.

Le preguntó cuánto, exactamente cuánto le debía pagar, y la mujer le contestó: todo, págame todo». (p. 173)

JULIA, LA NIÑA DE LA CASA, LA CRUELDAD DE LA INFANCIA

«Con un tono grave, la niña dijo:

Abre la boca, nana. Y cierra los ojos.

Yo, quién sabe por qué, le obedecí. Sentí que mis ojos se hundían al fondo de mi frente. Y abrí mi boca como si un higo fuese a posarse sobre mi lengua. La niña, en ese instante, hizo un movimiento brusco y sentí cómo mi boca, toda mi boca, se llenaba de un grueso puñado de tierra.

La niña salió corriendo por el jardín, riéndose a carcajadas. Yo me paré, volví a la casa y me encerré en el baño de la pieza de atrás. Me enjuagué la boca muchas veces; bocanadas barrosas, polvorientas. No estaba enojada, si eso es lo que me quieren preguntar. Mi turbación fue mucho mayor. Creo, incluso, que sentí un poco de miedo.

Cuando se aclaró el agua de mi boca, me cambié el delantal, sacudí la tierra de mi pelo y volví a recogerlo en un moño. Desde afuera, en ese momento, escuché el grito». (p. 91)

«Nana.

Nana.

Nana.

Nana.

Podría haberla cacheteado, haberle dado un puñetazo, haberla zamarreado mientras pegaba un grito seco. No lo hice, no se asusten. Me giré con mucho cuidado para no quebrarme y le dije, en un susurro, que comeríamos más tarde, no me podía parar.

Me miró furiosa y me golpeó todavía más fuerte.

Le dije que tendría que esperar porque el dolor me pinchaba la cintura.

Nada, solo más golpes.

Le expliqué que era un dolor terrible, como cuando la había picado la abeja en el pie.

La niña no reaccionó. Finalmente, sostuve su mano, la apreté con fuerza y le dije:

Cabra culiá, pendeja de mierda, ándate de aquí.

No me gustaba darle explicaciones a una niña malcriada.

Todavía atontada por la pastilla, un poco en las cosas, un poco en mí misma, volví a la cocina. Estaba llena de humo. Olía a carne chamuscada. Saqué la fuente del horno y vi que la comida parecía un carbón. Rescaté apenas un trozo, lo piqué en pedacitos y puse su plato de carne y arroz sobre la mesa de la cocina. La niña solía comer allí las noches de semana. Los señores cenaban más tarde en el comedor. Yo comía sola al final del día, después de lavar toda la loza». (p. 96)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Conocíais la obra de Alia Trabucco Zerán? ¿Habéis leído alguna de sus anteriores novelas?
2. ¿Cuáles creéis que son los temas principales de *Limpia*?
3. ¿Qué es lo que más os ha llamado la atención de la novela? ¿Habíais leído alguna vez algún libro de este estilo?
4. ¿Qué os ha parecido la estructura del libro?
5. Esta historia tiene una sola protagonista: Estela. ¿Cómo es su relación con el resto de los personajes: su madre, la señora, la niña, el señor?
6. ¿Os habéis sentido identificados con Estela en algún momento?
7. ¿Creéis que es una novela feminista?
8. ¿Qué os ha parecido el ritmo y la narración?
9. ¿Cuáles son los muros invisibles que separan a Estela del resto del mundo?
10. ¿Qué peso tienen los cuidados en la trama?
11. ¿Qué papel juega Julia, la niña, en la historia?

12. ¿Pensáis que Santiago de Chile es un personaje más de la novela?
13. ¿Por qué creéis que sus empleadores trataban así a Estela?
14. ¿Cuántos tipos de violencia sufre la protagonista de esta novela?
15. ¿Cómo es posible que pese a lo mal que se siente Estela trabajando en esa casa no pueda dejarla?
16. ¿Qué papel juegan las clases sociales y la precariedad en la novela?
17. ¿Qué impresión os provocó el ahogamiento de la niña al final de la novela?
¿Por qué creéis que la autora decide desvelar el final desde el principio?
¿Qué pretende conseguir con ello?
18. ¿Qué os parece la muerte del perrito? ¿Y las ratas?
19. ¿Qué protagonismo tienen los árboles, la naturaleza en la novela?
20. Si habéis leído alguna de las novelas anteriores de Alia Trabucco Zerán,
¿creéis que hay puntos de conexión entre sus historias?
21. ¿A qué otros libros os recuerda la voz de Estela?
22. Puestos a imaginar, ¿cómo os gustaría que continuara la historia de Estela?
23. ¿Creéis que esta novela puede ayudar a las mujeres a identificar el trabajo de la empleada de hogar como una nueva esclavitud?

LA AUTORA



ALIA TRABUCCO ZERÁN (Santiago de Chile, 1983) estudió Derecho en la Universidad de Chile, un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York y un doctorado en Literatura Hispanoamericana en el University College London. En 2015 publicó *La resta*, uno de los debuts más importantes del año según *El País*, que fue finalista del Man Booker International y le valió el

Premio Mejor Novela Inédita del Ministerio de las Culturas de Chile. Volvió a obtener este galardón con *Limpia* (Lumen, 2023), su última obra de ficción, en traducción en trece países. En 2022 se le otorgó el Premio Anna Seghers por su trayectoria literaria. Lumen publicó también *Las homicidas* en 2019, que ha recibido el Premio de la British Academy 2022.

LA CRÍTICA HA DICHO

«En esta deslumbrante y sobrecogedora novela, Alia Trabucco Zerán le levanta el delantal a la larga tradición literaria de la empleada chilena para asomarse a su crueldad, a su verdadero espanto, para reordenar el perverso recorrido de los afectos y los odios de clase en busca de una transformación definitiva».

Lina Meruane

«Esta historia es la metáfora exacta de nuestra mayor herida: esa que divide al mundo entre quienes viven para sí y quienes viven para otros. Trabucco Zerán ha escrito un novelón, valiéndose del monólogo de una mujer cuya única posesión es su voz, una voz que se va apagando mientras todo un país va despertando».

Emiliano Monge

«Una voz indómita, [...] una novela lucidísima, despiadada y brutal».

Federico Falco

«Qué deslumbrante pesadilla [...]: un punzante y adictivo retrato de la podredumbre que ocultan las “buenas familias”».

Fernanda Melchor

«He tenido la suerte de traducir dos maravillosos textos de Alia en el pasado, y para mí está claro que se estaba preparando para escribir *Limpia*. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan atrapada por la atmósfera de una novela ni tan implicada con el destino de su protagonista. La leí dos veces, y me pareció tan visceral que la segunda vez tampoco me sentí capaz de parar. Ha creado en este libro un lienzo emocional expansivo para contar la historia de una vida de constante opresión y restricción. Pero lo que me parece más impresionante es la claridad con la que describe la rutina del día a día de una casa de clase media cualquiera, refugio y prisión de la criada que hace que todo funcione. La autora nos presenta un retrato inolvidable y agudo de una mujer cuya vida diaria está poblada por todas las otras vidas que podría haber vivido. Tengo muchísimas ganas de trabajar en este libro».

Sophie Hugues, traductora de las obras de Alia Trabucco Zerán al inglés

